

Señales de vida, un buen ejemplo de la
jocosa picaresca mexicana

Emma Ramírez

Toda novela es un testimonio cifrado; constituye una representación del mundo, pero de un mundo al que el novelista ha añadido alguna cosa: su resentimiento, su nostalgia, su crítica.

Mario Vargas Llosa

Señales de vida (2015) de Adrián Chávez es una jocosa novela que se inscribe en la tradición realista de estilo picaresco, en la cual se ve reflejada, en su microcosmos, la juventud mexicana del primer tercio del siglo XXI.

Chávez, heredero de José Agustín y de la narrativa contracultural, en la que el joven se convierte en portavoz de la realidad desmitificadora que él mismo produce, crea la historia de unos jóvenes personajes vacilantes en afianzar sus relaciones personales (con los amigos, con la pareja, con la familia) en la búsqueda de su preciada identidad.

La novela está contada a través de dos historias: el funeral de Martín Cerero; y la de la abeja atrapada en el dulce derretido, vistas por un desenfadado y crítico narrador testigo, que observa a los deudos de la primera historia con atención entomológica para hacer la crítica social:

Mantienen esas expresiones de tragedia doméstica, apocalipsis de chocolate. Sus miradas torpes zumbaban de un lado a otro, tratando de evitar en la medida de lo posible el féretro. (p. 9)

Aunque el narrador intenta señalar su obra como novela gris: “se me ocurre, único subgénero en el que caben las vidas insulsas no novelables.” (p. 9.); la intención del autor, a través del narrador, en su novela, por supuesto, no es realizar un análisis socio ideológico de la juventud mexicana; el objetivo es más cercano, pero no menos exigente; producir el preciso testimonio del espejo literario, escribir como quien se ciñe con todo rigor realista a la maravillosa operación de “escribo lo que veo”.

Para lograr este efecto realista en la novela, Chávez experimenta en diferentes niveles con su instrumento de trabajo, el lenguaje; puesto que es en la fidelidad y pulido lingüístico donde se establece la matriz de la retórica que sustentará el texto. El autor, a través de su embajador, el narrador, simula mimetizar el habla primigenia y directa de sus sujetos referenciales.

Dentro de los niveles que podemos apreciar la experimentación lingüística están los siguientes:

Identificación de una generación.- Para expresar, tanto el mundo de los jóvenes, como el de los adultos, Adrián Chávez elige el lenguaje coloquial; lleno de expresiones informales; vocablos y giros propios de la conversación cotidiana, acompañados de la entonación, gestos, y mímica para caracterizar a los personajes y construir una narración dinámica y verosímil.

El lenguaje que reproduce el autor de los jóvenes se caracteriza por su experimentación verbal y por reflejar a través de él el titubeo existencial de los personajes. Cuando Javier quiere convencer a Martín de que su relación con Nancy va en picada, le contesta:

--Chale, lo bueno es que me quieres

--Dame chance, nací sin filtro social.

Sacó un suéter negro y comenzó a metérselo por los brazos.

-Hace calor, no mames.

Me contestó con la cabeza dentro del suéter.

--Voy por ella,

Me quedé callado, Martín se quedó callado, Montoya se quedó callado.

--Estás cabrón, pinche Cerero. (p.45)

En cuanto al lenguaje coloquial de los adultos, este expresa sin tapujos el sentir de los personajes y al mismo tiempo es una marca de la clase social a la que pertenecen. En la escena en la que ya se sabe que Martín fingió su muerte, Gustavo, el novio de Doña Mel, explota diciendo:

--"¡Bueno, ya estuvo bueno, chingao! Yo creo que ora sí va siendo hora de sacar al escuincle. Usté chamaca, deje de chillar, que no está muerto, y tú, Melina, carajo, ¿qué razón nos das de este relajito?" (p. 68).

Un segundo nivel es el de **humor**.- La experimentación lingüística que realiza el autor tiene su mayor eficacia estilística en el humor que produce; expresado a través de la observación desmitificadora de la realidad que hace el narrador; y de los diálogos directos que divierten por su autenticidad.

Así, cuando el narrador se centra en la vida de don Juvenal Torres, hace referencia, de forma anti solmene, a los hechos históricos que involucran la biografía de Torres:

Noventa y tantos años antes de su absolutamente intrascendente desaparición, don Juvenal Torres nació en Culiacán, Sinaloa, una mañana en la que Venustiano Carranza estaba haciendo berrinche porque Villa había tomado Zacatecas sin permiso. (p. 19).

Por lo que toca a los diálogos, el lenguaje divierte por ser una reproducción natural de la conversación en su función fática; es decir, tal cual como sucede en la realidad, provocando un discurso polifónico:

--¿CÓMO QUE NO ESTÁ MUERTO?

--¡Santísimo Jesús!

--No, ése sí está muerto, señora.

--Pinche Javi, ten madre...

--¿Todavía tienen agüita de jamaica?

--¡Chingao, Melina!

--(Llanto inconsolable y nalgón.)

--¡Está bien, por Dios! –dijo al fin la mamá del Cerero.

Por favor cálmense y les explico, pero por amor de Dios, siéntense... Que Dios me perdone. (p. 68-69).

Otro nivel del lenguaje es desde sus **recursos retóricos.**- La narración está plagada, principalmente de adjetivos, comparaciones y analogías que apoyan la función desmitificadora de la novela.

La adjetivación la maneja el autor; mediante el calificativo directo que caracteriza al personaje; así empieza el narrador a personificar al protagonista: “Martín organizó su funeral en sábado. Pusilánime y coyón como es, no quiso a que le descontaran un día laboral.” (p. 9)

También, el el narrador aglutina palabras y convierte en adjetivo lo que comúnmente sería una frase, como ejemplos tenemos:

“Como últimamente Martín había vivido muy **preocupadilusionado** por su futuro con Nancy, **nanciquieto**, cierto día conversábamos sobre el tema.” (p. 56).

“El Bicho Nancy **luciferino** y **omnijodiente** se supo invocada y se apareció en la habitación por medio de teléfono celular (p. 59)

En cuanto a las comparaciones, estas presentan diferentes estructuras y funciones en el discurso narrativo. Por ejemplo; con el uso del adverbio de modo; por un lado, el narrador crea las comparaciones en las que el adverbio es el nexos que sirve para hacer el símil, con el que se puede caracterizar al personaje:

“Nunca en la vida había visto yo a esa señora que entró con las manos encogidas a la altura del pecho, cargando su bolsa **como** un tiranosaurio hiperchaparro y viejo.” (p. 12-13)

También el adverbio de modo en su función circunstancial, sirve para ejemplificar una característica del personaje:

El Cerero se cree casi todo, pero es categórica y pinchemente incapaz de hacer o dejar de hacer algo al respecto. **Como**

cuando fue de chillón a contarme por primera vez que Acevedo lo mandó a comprar galletas y a poner café en uno de los dos velatorios de su funeraria. (p. 35)

Las analogías, relaciones de semejanza, le sirven al narrador para empatar las historias.

La relación entre la sociedad que el autor representa en su microcosmos novelesco y la sociedad de las abejas, le sirven para señalar la poca importancia que tiene para ambas estructuras sociales la desaparición de alguno de sus miembros.

La analogía más evidente es la de Nancy, quien además de su sobrenombre “el Bicho”, tiene los ojos color miel y el narrador la observa al mismo tiempo que a la abeja.

El Bicho Nancy, que después de todo sí extrañaba a Martín, alzó la mirada triste, como una abeja obrera a la cual se le hubiera caído todo el polen (...) (p. 122).

En la frase siguiente el narrador cambia el adverbio “como” por “cual”, con la misma función comparativa:

“ y Doña Mel, rompió en llanto cual si se hubiera venido encima su celda de panal.” (p. 122)

Finalmente, está la analogía de Martín con la abeja, el adverbio “como” es cambiado por el adverbio “igual” para hacer la relación:

“Se quedó callado, igual que la abeja, cansada de forcejear con el caramelo que la aprisionaba y resignada a quedarse ahí un buen rato. (p. 120).

Hay también nombres que relacionan las historias, como el del Picaflor.

Recapitulando, *Señales de vida* es una novela en la que Adrián Chávez crea; por un lado, un divertimento del lenguaje, producido en diferentes niveles estéticos, como se ha revisado aquí; pero por otro lado, también es una historia entretenida, gracias al suspenso prolongado (nunca sabemos si Martín está vivo o muerto) y a un final abierto a varias interpretaciones.

Lo que da cohesión a estas dos características de la novela es la actitud de narrador; mediante él, el escritor no ejerce censura de calidad en sus personajes, se desprende así de su papel de ser el hablante definitivo y lapidario de su novela, se contenta con ser un hábil portavoz.

Así lo manifiesta el narrador cuando no puede asegurar la exactitud de las palabras de Martín, sobre su ruptura con Nancy:

“Soy un simple narrador en primera persona que compensa sus limitaciones presenciales con el ingenio del que carecen sus personajes.” (p. 59)

Sin olvidar la máxima del novelista, como señala Mario Vargas Llosa, realizar la representación de un mundo al que el autor ha añadido algo, en *Señales de vida*, Adrián Chávez, sin duda, ha sellado su obra con el humor picaresco.